

# Los debates sobre “identidad” en la ilusión modernizante de las ciencias sociales del “modelo puertorriqueño de desarrollo”

A.G. QUINTERO RIVERA

Centro de Investigaciones Sociales  
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

## RESUMEN

Los debates sobre “la identidad” de Puerto Rico como país, se han examinado sobre todo desde el campo de las disciplinas académicas que generalmente se agrupan en las Humanidades. El artículo se propone analizar dichos debates en las Ciencias Sociales, sobre todo en los albores de su profesionalización académica en el país —entre 1950 y 1965 aproximadamente—, concentrando en los escritos de la primera década de la *Revista de Ciencias Sociales*, cuya publicación se inicia en 1957. Se examina el contexto socio económico y político de dichos debates académicos y se analiza el papel del llamado “modelo puertorriqueño de desarrollo por invitación”, en la conformación de un nuevo campo académico que se denominaría “Estudios del desarrollo”. El artículo se detiene en la emergencia de la adaptación para el análisis social del concepto biológico de la hibridez, y su importancia para el estudio de la “identidad” en el cambio social que los procesos de desarrollo conllevan. [**Palabras clave:** identidad nacional, Modelo puertorriqueño de desarrollo por invitación, estudios del desarrollo, cambio social, procesos de desarrollo.]

## ABSTRACT

The debates on Puerto Rican national identity have been examined from the humanistic viewpoint. In this article those debates are analyzed from the Social Sciences, specially those published in the *Revista de Ciencias Sociales* from 1957 through 1967. An emphasis is made on the socioeconomic and political context of the academic debates and also, on the role of the so called Puerto Rican Model of Development –by invitation– in the formation of a new discipline, Developmental Studies. In this article, the sociological concept of hybridity is presented to discuss the study of identity in the social changes involved in the process of national development. [**Keywords:** National identity, Puerto Rican Model of Development, Development Studies, social change, process of socioeconomic development.]

Casi cuarenta años antes de que el antropólogo y crítico cultural Néstor García Canclini (1995) empezara a popularizar para el análisis social el concepto biológico de la hibridez, con referencia a las culturas que se incorporaban parcial y ambivalentemente a la modernidad, la metáfora se había comenzado a utilizar para el análisis de la "modernización" puertorriqueña. La *Revista de Ciencias Sociales* de la Universidad de Puerto Rico (UPR) fue escenario de una de las primeras discusiones sobre el uso sociocultural de este concepto.

### **La euforia de la modernidad y el desarrollo:**

#### **Contexto histórico de los inicios de unas Ciencias Sociales "profesionales"**

En la década entre 1950 y 1959, Puerto Rico experimentaba las tasas de crecimiento económico más elevadas de Latinoamérica, e incluso, entre las más altas a nivel mundial. Su acelerado *progreso* se asociaba a un programa de industrialización dirigido a transformar una economía colonial de plantación (de monoproducción agraria) en una economía dinamizada por una diversidad manufacturera, aprovechando la emergente hegemonía industrial mundial norteamericana de la posguerra y su necesidad de exportación de capitales. Basaba su propuesta de cambio, pues, en el desarrollo de condiciones que atrajeran la inversión en la producción directa de empresas manufactureras norteamericanas como parte de sus procesos de expansión. Este programa de industrialización se asociaba en Puerto Rico, a su vez, a un movimiento político populista de corte reformista liderado por sectores medios profesionales, que presentaba al latifundio agrario (que en el Caribe era, además, en proporción considerable, de dominio ausentista) como el epítome del atraso y el gran enemigo de "el pueblo" y sus aspiraciones de justicia social; con paralelos evidentes, en muchos sentidos, con otros populismos latinoamericanos de la época.<sup>1</sup> Inicialmente, como dichos otros populismos, la propuesta justicialista modernizadora puertorriqueña intentó una política de transformación industrial nacionalista basada en las fuerzas productivas internas. Pero reconociendo la naturaleza históricamente "abierta" de las economías caribeñas, y aprovechando la coyuntura económica internacional de la posguerra, fue reconceptualizando sus premisas ideológicas iniciales para incorporar un tipo de inversión externa (no extractiva, agraria, financiera ni monopólica, sino industrial y diversificada) a su programa transformador (Quintero, 1980).

Lo que vino prontamente a conocerse como "el modelo puertorriqueño de industrialización por invitación", apoyado por numerosos "indicadores de progreso" estadísticamente verificables, incrementos en la producción y en los llamados "estándares de vida", se constituía en esos años en la utopía modernizadora para la mayoría de los países del Caribe, y para otros tantos en América Latina cuyos programas de industrialización nacional para la sustitución de importaciones no habían arrojado los resultados esperados. Sin embargo, este programa de cambio social con intención modernizante, inicialmente generado como eje de la política justicialista y de descolonización de un movimiento populista<sup>2</sup> en una

colonia subdesarrollada, para romper con el modelo históricamente “clásico” de la explotación colonial en el Caribe (y, más ampliamente, en las regiones “tropicales”) basado en la economía de plantación, fue apropiado ideológicamente –como modelo a seguir, como “vía de desarrollo” para otros países– por las “Ciencias del desarrollo” de la misma antigua “potencia” colonial que ahora se presentaba como “aliada para el progreso”<sup>3</sup> en el nuevo rol, como exportador de capitales industriales, que su dinámica económica requería. Ya en enero de 1953, *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences* le dedica a este programa –tornándose– modelo un número monográfico bajo el título de *Puerto Rico: A Study in Democratic Development* (Hansen y Wells, 1953). Éste incluye artículos de los más reputados intelectuales de los nuevos Development Studies, como John Kenneth Galbraith a nivel económico y Rupert Emerson a nivel político, bajo títulos tan significativos como “Puerto Rican Lessons in Economic Development”, del primero, y “Puerto Rico and American Policy Towards Dependent Areas”, del segundo.

Esta presentación, desde las Ciencias Sociales, de la modernización puertorriqueña como “modelo de desarrollo” va a adquirir tintes prácticamente propagandísticos con la intensificación de la *Guerra Fría*. En 1955, el antiguamente *novotratista* Earl Parker Hanson publica un libro en la prestigiosa editorial Simon & Schuster bajo el título de *Transformation, The Story of Modern Puerto Rico*. Allí abiertamente plantea que el modelo representaba

U.S.’s answer to communism... that expresses Puerto Rico’s greatest importance to the U.S. and the modern world (Hanson, 1955: 403, énfasis añadido).

Poco después, presentando como “pensamiento revolucionario” la teoría de que “*high profits are not a measure of a man’s morality, but of his efficiency*” (Hancock, 1960: 75), y a la experiencia puertorriqueña como ejemplo de soluciones para “complejas áreas coloniales”, Ralph Hancock, en un libro que tituló *Puerto Rico: A Success Story*, señalaba sin ambages

For the political policy makers Puerto Rico is the best counter-propaganda the U.S. can use to deflect Communist aims (Hancock, 1960: 3).

Hacia finales de los cincuenta, incluso un destacado intelectual del populismo puertorriqueño, Arturo Morales Carrión, fue nombrado Subsecretario de Estado encargado de asuntos latinoamericanos del Gobierno de los Estados Unidos, y mientras ocupaba el cargo señalaba:

The U.S. is too vast for the people of newly independent states (to identify with)... Puerto Rico is in a scale of reference they can match. We achieved what the Communists promised but without resorting to Soviet methods...(Hancock, 1960: 10).

Además de la economía, una de las ramas importantes de las "Ciencias del desarrollo" que se configuraban en los Estados Unidos, marcadas por la experiencia del proyecto *rooseveltiano* del Nuevo Trato y por la tradición intelectual weberiana, fue la denominada "Ciencia de la Administración Pública". La racionalidad burocrática se erigía como elemento central de la modernidad: lo que en dicha disciplina emergente se denominaría POSCORB (*Planning, Organization, Coordination, Reporting and Budgeting*) (González Ortiz, 1984). En 1949, cuando el Presidente Truman en el cuarto punto de su discurso inaugural anuncia un programa de "asistencia técnica"

...para hacer asequible a áreas menos desarrolladas los beneficios de nuestros adelantos científicos y progreso industrial... (Truman, 1950: 229-239).

La "asistencia técnica" a la que podía comprometerse tenía, necesariamente, que aludir sobre todo a las "Ciencias de la Administración", ya que hablaba desde el gobierno y que los "adelantos científicos" a nivel de la producción (en el capitalismo de su país) le pertenecían más bien a las industrias. Como evidencia la contribución escrita específica de uno de los editores del antes citado número monográfico de *The Annals* celebratorio del "desarrollo puertorriqueño" (Hansen, 1953), y como han investigado excelentemente (Santana Rabell, 1984) y (Rosario Urrutia, 1993) tanto el "modelo puertorriqueño de desarrollo", como concretamente y *motu proprio*, el Gobierno de Puerto Rico del movimiento populista que lo había generado y lideraba, se insertaron desde sus inicios de manera prominente en el programa que internacionalmente vino a conocerse como "El Punto Cuarto".<sup>4</sup> Por gestiones iniciadas por el Gobierno de Puerto Rico, y mediante acuerdo formal entre éste y el poder ejecutivo de los Estados Unidos, se estableció una oficina del Programa en la Isla, donde cada año se entrenaban numerosos funcionarios públicos de los países subdesarrollados en las "ciencias administrativas del desarrollo". Según el *Duodécimo Informe Anual de la Junta de Planificación*, para el 1954 ya había 1,341 becarios en las áreas de "administración pública, planificación, salud pública, medicina tropical, vivienda, servicio civil, electrificación, relaciones obreras, ciencias domésticas, cooperativas, desarrollo industrial y agrícola y servicios sociales" (P. R. Gob., Junta de Planificación, 1954: 66, según citado por Santana Rabell, 1984: 201).

Es significativo que en esa primera década del "modelo puertorriqueño de industrialización por invitación", el desarrollo de la Administración Pública como disciplina académica jugara un papel de tal importancia, como evidencia el antes aludido número monográfico de *The Annals*. Dos de los autores en dicha publicación figurarán también en el primer volumen de la *Revista de Ciencias Sociales* de la UPR en 1957: el norteamericano Henry Wells (1957, I (1): 93-116), que años más tarde publicaría todo un libro apologético (aunque con todo el andamiaje "académico") de la *modernización* puertorriqueña (Wells, 1969), y el puertorriqueño doctorado en Harvard Pedro Muñoz Amato (1957, I (1): 23-36),

Decano de la Facultad de Ciencias Sociales en la UPR en los inicios del proyecto desarrollista, y especialista internacionalmente reconocido del POSCORB quien en 1954 había publicado con la editorial de Ciencias Sociales más importante de América Latina entonces, el Fondo de Cultura Económica, el primer libro de texto en español de esta emergente disciplina (Muñoz Amato, 1954), que se difundió por todo el continente.<sup>5</sup>

El *interés general* en el modelo de “industrialización por invitación” se encarnaba en el gobierno democráticamente electo, motor del desarrollo; después de todo, era éste, quien “invitaba”. Las “Ciencias de la administración” van a supeditar incluso a las ciencias de la investigación. Como señalaba en *La Prensa* de Lima en 1955 un “beneficiario” del Punto Cuarto, Puerto Rico se había convertido en

un maravilloso *laboratorio* de realizaciones sociales al que año tras año vienen a buscar inspiración y *modelo* miles de gentes de Asia, África y de todas las regiones de insuficiente desarrollo (según citado por Rosario Urrutia, 1993: 177, énfasis añadido).

### **El vigor híbrido en los debates de la “identidad”**

El modelo puertorriqueño de modernización “asociada” –económica, política e intelectualmente– a los Estados Unidos, a la inversión transnacional del capital industrial y a la racionalidad burocrática, fue cuestionado a finales de la década, por el modelo alterno –de desarrollo endógeno antiimperialista– que fue simbolizando la política y economía de la Revolución cubana de 1959. La consigna “¡Patria o muerte, venceremos!”, dramáticamente manifestaba un agudo nacionalismo en dicho intento de modelo alternativo, y resultaba altamente seductor para sociedades que justo entonces atravesaban luchas de descolonización política: la constitución de los nuevos Estados–naciones en Asia, África y el Caribe, proceso que marca la política internacional de los años cincuenta y la década siguiente. La exportación del “modelo puertorriqueño”, comenzó a requerir, frente a dicho modelo alterno, además de la propaganda a base de sus logros, nuevas bases justificadoras a nivel ideológico–cultural.

Es en este contexto, justamente a finales de década, que el planificador económico Richard L. Meier circula un ensayo titulado “Vigor híbrido en aculturación: la transformación puertorriqueña”, a cuya crítica habría de dedicarse el más importante artículo del primer número de la década de los sesenta en la *Revista de Ciencias Sociales*, significativamente titulado “La transformación *ilusoria* de Puerto Rico” (Morse, 1960, énfasis añadido). Como muchos otros jóvenes académicos progresistas que luego habrían de alcanzar notoriedad en las Ciencias Sociales (e.g. José Medina Echeverría, C. Wright Mills, Sidney Mintz, John Murra, Eric Wolf...), Meier fue curtiéndose en la investigación social en el “laboratorio” que representaba la experiencia desarrollista puertorriqueña. A principios de la década había dirigido conjuntamente con Harvey S. Perloff,

desde el Centro de Investigaciones Sociales de la UPR, un amplio proyecto de investigación (siguiendo la cadena, junto a diez "advanced graduate students" norteamericanos) para aquilatar las posibilidades de un futuro industrial para Puerto Rico, que daba seguimiento al más importante libro sobre la economía del país que Perloff había publicado con el apoyo y el aval de los líderes y cuadros técnicos locales del movimiento populista modernizador (Perloff, 1950). Poco después Meier publicaba, también con el aval institucional de la Junta de Planes del Gobierno "insular" (a su vez la encargada de los programas del Punto Cuarto), un estudio que incorporaba los "requisitos sociales" al análisis de proyectos para "una sociedad industrial estable" en países que pronto comenzarían a ser denominados como "en vías de desarrollo", en lugar de "subdesarrollados" manifestando la "irremediabilidad" de la línea progresiva del tiempo (Meier, 1952). Ambas investigaciones fueron ampliamente influyentes en la conformación del "modelo puertorriqueño", de cuyo *laboratorio*, además, se nutrían.

"Vigor híbrido en aculturación..." aparentemente nunca apareció impreso en forma "definitiva", aunque las problemáticas del *laboratorio* puertorriqueño indirectamente subyacen muchos de los libros que publicó, varios considerados como contribuciones importantes a la literatura sobre el "Desarrollo": *Science and Economic Development: New Patterns of Living* (1956), *A Communication Theory of Urban Growth* (1962), *Developmental Planning* (1965), *Planning for an Urban World* (1975), entre otros.

Es interesante que, como García Canclini décadas después, "Vigor híbrido en aculturación..." enfatizara a finales de los cincuenta en los aspectos positivos de los procesos de hibridación, como crítica subyacente implícita al considerado *limitante* nacionalismo imperante entonces en muchos de los países "en vías de desarrollo", sin considerar otros aspectos –más bien negativos– que la Genética, de dónde se tomaba el término, planteaba como fundamentales para su análisis, sobre todo, la infertilidad. Con amplios ejemplos desde la ya entonces prolifera investigación botánica para la productividad agrícola, pero a nivel popular más bien conocida desde la Zoología –y el caso "clásico" de la mula–, el "vigor" que el entrecruce (de caballo y burro) producía resultaba problemático por la infertilidad del híbrido resultante. El híbrido era incapaz de autoreproducirse, de generar autónomamente su continuidad histórica. Sólo continuarían existiendo híbridos, en un ininterrumpido proceso de hibridación, es decir, mientras continuaran entrecruzándose las especies–madre. (Sólo continuarían existiendo mulas, mientras continuaran cruzándose caballos con burros.)

Y es que diferentes análisis desde diversos contextos consideraban el *milagro puertorriqueño* como una labor de transformación "titánica". En 1955, por ejemplo, el Presidente de Costa Rica, José Figueres, señalaba

Todo el heroísmo de que es capaz el ser humano lo están empleando (los puertorriqueños)... Puerto Rico es hoy una oportunidad histórica *sin precedentes*. Es el principio de la *integridad* americana (Archivo General de P. R. Tarea 65-70, según citado por Rosario Urrutia, 1993: 177).

Tres años antes, cuando aún eran inciertos los resultados de su programa de industrialización (*not yet offered great hopes of success*), Meier, en un arranque de humildad insólito entre planificadores, pocos años después reconocía que la expansión económica de países subdesarrollados, como el nuestro,

Rested (only) a third on solid probabilities and two thirds on faith,  
luck and superhuman effort (Meier, 1952:2)...

esfuerzos “heroicos”, supra–especie sólo posibles –como en la Biología– por el “vigor híbrido”.

Ahora bien, ¿sería necesario ese *superhuman effort* para lo que Rostow (1960) –que se erigía entonces con su *Non Communist Manifesto* (subtítulo de su libro más influyente) como uno de los principales teóricos de los estudios sobre el desarrollo–<sup>6</sup> señalaba como el crucial momento de “despegue”, que habría de posibilitar luego su propia dinámica de desarrollo? o, siguiendo la analogía biológica, ¿estarían las sociedades de un desarrollo “tardío” condenadas –para mantener el *vigor* que su dinámica desarrollista requería– a perpetuos procesos de hibridación? Es decir, ¿se constituiría la hibridez en elemento identificativo consubstancial de las sociedades *arribando* tardíamente a la modernidad, como, en cierta forma, las análisis de García Canclini varias décadas después, podrían sugerir?<sup>7</sup>

La analogía genética de Meier se entronca en debates intelectuales centrales en la conformación misma de las Ciencias Sociales, y presentes en los anhelos e intentos modernizadores en América Latina en diversos momentos del siglo XX. Por lo menos desde los trabajos ya “clásicos” de Max Weber, las Ciencias Sociales tomaron como premisa incuestionable que los procesos de modernización se montan sobre unos patrones culturales que predisponen al cambio y la racionalidad. Se transfería al análisis del cambio social y cultural unos complejos intercambios conceptuales entre *modernidad* y *progreso* que se habían ido gestando desde el Iluminismo dieciochesco europeo. Habría que examinar con más detenimiento –falta aún mucha investigación específica al respecto– la evidente relación entre la necesidad de exportación de capitales industriales de la economía norteamericana de la posguerra y la emergencia de las “Ciencias sociales del desarrollo” (de *academia* fundamentalmente norteamericana), pero es innegable el hecho de que a partir de la victoria de los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y la vertiginosa transferencia de su industria bélica a la producción industrial masiva para el consumo, la *modernidad* vino a identificarse crecientemente con el *desarrollo*. Así quedó establecida más contundentemente (sólo cuestionada por el desarrollismo soviético) la visión que Weber había adelantado a principios de siglo en torno a que la cultura anglosajona y su “ética protestante” representaban, más que ninguna, esos patrones valorativos que la modernización (ahora “desarrollista”) suponía.

La distinción dicotómica entre “valores hispanos” (para algunos autores, *arcaicos* y para otros, *altamente humanísticos*) y “valores anglosajones” (para



muchos, *racionales, modernos, pragmáticos...* y para otros, *ramplonamente materialistas*), presente en los debates intelectuales en América Latina desde al menos el Ariel de Rodó de principios del siglo XX, colocaba los anhelos desarrollistas latinoamericanos de la posguerra en una encrucijada de perplejidades. ¿Cómo romper el cerco de un subdesarrollo que se auto-reproducía por la propia identidad cultural? ¿Sería inevitable americanizarse (en el sentido norteamericano del término)? La modernización desarrollista del único país latinoamericano bajo la órbita política-económica directa de los Estados Unidos, su "innovación" constitucional autonómica (el Estado Libre Asociado) y su modelo populista de "industrialización por invitación", se presentará también en esta dimensión de "encuentro", "choque", "fusión" o "hibridez" cultural, como laboratorio ejemplificante. La supuesta tensión bi-cultural de la sociedad puertorriqueña será tema predilecto de las emergentes Ciencias Sociales en y sobre Puerto Rico en los años cincuenta y sesenta, como atestigua el examen de la primera década de la *Revista de Ciencias Sociales* de su principal (entonces celebradamente cosmopolita) recinto universitario.

### **Del puente entre culturas a la hibridez**

El mismo año que *The Annals* dedicaba su antes citado número monográfico al "desarrollo" puertorriqueño, uno de los principales miembros de los cuadros técnicos del desarrollismo populista, Rafael Picó, Presidente de la Junta de Planificación –organismo encargado del programa del Punto Cuarto–, y primer Presidente, también, de la Sociedad Interamericana de Planificación (SIAP), planteaba que

...su posición geográfica, *cultura* y bilingüismo hacen de la Isla (P. R.) un enlace natural entre las Américas. (P. R., Gob., Junta de Planificación, 1953: 35, énfasis y paréntesis añadidos).

Al año siguiente el líder máximo del populismo y su gobierno, el gobernador Luis Muñoz Marín se expresaba en términos equivalentes

Puerto Rico está en la frontera marina entre Norte y Suramérica, en la frontera del idioma y la *cultura* de las dos grandes civilizaciones de las Américas... y se han desarrollado aquí una libre y amistosa relación entre las *dos culturas* del Nuevo Mundo (según citado por Santana Rabell, 1984: 1999).

Esa idea de Puerto Rico como puente entre dos diferenciadas culturas, incluso iconografiado como tal en el antes citado *Transformation...* de Parker Hanson (1955:XV) es analíticamente diferente a lo argumentado a finales de la década por Meier, y adelantado por uno de los editores del número de *The Annals* con el concepto de "*mixed culture*" o "*fussion of cultures*" (Hansen, 1953: 115 y 113). Los editores organizaron dicho número monográfico en cuatro subdivisiones,

una de las cuales titularon *Fussion of cultures*, respondiendo a la tesis que subyacía tras el ensayo de Hansen en ésta. Sin embargo, los otros dos autores invitados a contribuir en esa subdivisión –invitados por entender que celebrarían el “desarrollo puertorriqueño”– postularon tesis divergentes. La única vez que aparece la palabra *hybridism* en todo el número monográfico (según el examen más o menos minucioso realizado por este servidor), es en la contribución del inmigrante español Francisco Ayala a esta subdivisión, cuando introduce su ensayo como una crítica a la visión de que “*Puerto Rico represents a field of cultural hybridism*” (Ayala, 1953: 104). Podemos deducir, por su crítica explícita, que ya estaba barajándose y popularizándose el concepto, al menos a nivel oral, por lo cual siente la necesidad de rebatirlo.

Para Ayala, aclarando que entendía que toda cultura era dinámica y cambiante, Puerto Rico “había mantenido intacto el *núcleo* de la tradición cultural hispánica” (traducción mía) y su ejemplaridad consistía en enriquecer dicha tradición incorporando a sus procesos de “desarrollo” prácticas elaboradas en la cultura anglosajona a nivel básicamente instrumental (como si las prácticas y los valores pudieran distinguirse tan nítidamente). De aquí las lecciones de su modernización para América Latina y, su capacidad para tender puentes entre ésta y los métodos modernizadores del pragmatismo norteamericano. En un artículo posterior, pero anterior a “Vigor híbrido en aculturación...”, Ayala intenta fortalecer subrepticamente su defensa del hispano *puente* desarrollista puertorriqueño a través de la reseña comparativa de dos libros antropológicos que invitaban a repensar problemáticas de la modernidad. Es significativo que escogiera a la *Revista de Ciencias Sociales*, que estaba comenzando su segundo año, como plataforma desde donde discutir la “Antropología del vecino” –como tituló su artículo– reseña del tal vez más importante libro de J.A. Pitt-Rivers, *The People of the Sierra*, sobre un “tradicional” pueblo español (1954)– y un libro de Seely, Sim y Loosley titulado *Crestwood Heights; A Study of Culture of Suburban Life* (1956), sobre “el punto de evolución más avanzado de la ‘gran sociedad’ occidental” (p. 208) en los Estados Unidos (Ayala, 1958). *Antropología del vecino*, escrito en y desde Puerto Rico –aunque sin mencionar directamente su problemática cultural–, enfrenta dos estudios sobre lo que Meier conceptualizaría como “las especies-madre” de la supuesta hibridez puertorriqueña, recalcando su compleja historicidad y sus enormes limitaciones. Frente a ambas, la modernización puertorriqueña resultaría ejemplar y con muchos más sólidos fundamentos para su auto-reproducción positiva. Escapado del franquismo, Ayala no podía menos que rechazar el “tradicionalismo” español que aquella dictadura representaba y estimulaba, aunque no renegaba de valores relacionales que consideraba centrales a lo hispano, y que, aun con su postura modernizante, le ayudaban a percibir las limitaciones, en cierta medida “arcaicas”, del desarrollismo estadounidense.

Ayala, quien a finales de los años cuarenta había sido invitado por el Rector de la UPR a dirigir el curso básico en Ciencias Sociales, obligatorio para todo estudiante universitario, era un intelectual a medio camino entre la Sociología

deductiva de carácter más bien filosófico tipo Hostos (Quintero, 1988) y las Ciencias Sociales "profesionalizadas" –inductivas– basadas en la investigación y el método científico de indagación y análisis, como evidencia su *Tratado de Sociología* en tres tomos publicado en el 1947 en Buenos Aires. Con la emergencia de esta última tendencia en el desarrollismo puertorriqueño, fue quedando un tanto al margen de la actividad sociológica –se le transfiere (en promoción) a dirigir la Editorial de la UPR– y se destaca en sus últimos años más bien como escritor. Tiene una última participación en la *Revista de Ciencias Sociales* (Ayala, 1963), reseñando una enciclopedia alemana de Sociología donde básicamente critica las referencias a autores españoles en ésta, alerta contra el modelo angloamericano de "ciencia empírica" frente a las posibilidades del desarrollo de una Sociología latinoamericana, y defiende el concepto de *crisis* y la incorporación de la historia a las ciencias que éste conlleva. Nuevamente se niega, con argumentos convincentes, a aceptar lo anglo como epítome de la modernidad.

El segundo invitado a contribuir en la sección relativa a la problemática cultural del número de *The Annals*, fue el antropólogo norteamericano Julian Steward, especialista en la etnografía de las culturas amerindias, quien justamente había dirigido en el *laboratorio* puertorriqueño, una de las más minuciosas y abarcadoras investigaciones hasta ahora realizadas sobre el cambio cultural de una sociedad en proceso de modernización, junto a un grupo de estudiantes doctorales, algunos de los cuales alcanzarían luego alta notoriedad en la Antropología, como Sidney Mintz y Eric Wolf. La contribución de Steward a *The Annals* adelantaba las conclusiones principales de esa investigación, que tardaría otros tres años en publicarse (Steward *et al.*, 1956) y que sería entonces inmediatamente reseñada (Gilin, 1957), aunque realmente poco discutida, en la *Revista de Ciencias Sociales*. Enmarcada en la escuela de "ecología social", y exhibiendo algunas influencias del marxismo, esta investigación postulaba una visión que tal vez hoy sería considerada "posmoderna": la cultura no podía entenderse como un conglomerado homogéneo de valores y prácticas, sino como un entrecruce de heterogeneidades, de subculturas basadas en los tipos de relaciones sociales generadas por distintos ambientes de producción económica. El ensayo, como posteriormente el libro, enfatiza en las diferencias culturales entre las comunidades de pequeños agricultores independientes del tabaco y frutos de subsistencia, de la hacienda cafetalera tradicional, de la plantación cañera capitalista, la plantación cañera nacionalizada y los comerciantes de los barrios "altos" de la ciudad capital. Sólo estos últimos –*the upper classes*– se "distinguían por su extremada americanización" (mi traducción) y para nada representaban –como asumían los emergentes *Development Studies*– un polo modernizador; al contrario, el estudio encontraba que representaban posiciones reaccionarias al cambio, la modernización democrática y el desarrollo. Por otro lado, lo que los *Development Studies* denominaban como la "cultura tradicional" (el polo hispano en la tesis de la hibridez) estaba, en realidad, circunscrita a los remanentes del dominio hacendado, cuyo proceso de desintegración había comenzado muchas décadas antes del proyecto populista modernizador.

Por su enfoque de “ecología social”, Steward y sus colaboradores examinan las clases sociales sólo en su ámbito comunal geográfico, dejando fuera, pues, las relaciones de clase al nivel social más amplio que representaba el país y las instituciones “insulares” (por no llamarlas *nacionales*). Su enfoque no les permite examinar otros sectores o clases constituidas en términos de esos procesos más amplios, como el sector profesional y/o los servidores públicos –foco principal de los proyectos modernizadores–, ni aquilatar en estos el supuesto “encuentro, choque o fusión” de culturas. Aunque en *The People...* admiten que

existe una fuerte tendencia entre todos los puertorriqueños a sentir que comparten la misma suerte (Steward *et al.*, 1956: 499),

su tipo de análisis llevaría a concluir que “Puerto Rico no tenía unidad, (que) sería meramente una colección de subculturas”, como bien señala la reseña de la Revista de Ciencias Sociales (Gilin, 1957: 347). Dos años antes, el autor de la reseña, otro antropólogo norteamericano, se había involucrado en la problemática de la identidad cultural, siguiendo un acercamiento “super macro” –diametralmente distinto a la investigación micro focalizada de Steward *et al.*– que intentaba caracterizar la cultura latinoamericana como un todo (Gilin, 1955). Este acercamiento reconocía el valor de la investigación minuciosa considerando la obra como “un sobresaliente estudio inicial sobre las realidades vitales de un área cultural compleja y *moderna*”, (énfasis añadidos). La reseña concluye que

Actualmente el problema más urgente es elucidar las interrelaciones funcionales entre las subculturas, que producen ese grado mínimo de integración total en el sistema que caracteriza a las sociedades-estados modernos. (Gilin, 1957: 348).

Pero ¿que tal si “ese grado mínimo de integración” no existiera? ¿cómo definir lo que constituiría un mínimo? ¿no estaría asumiendo Gilin como “realidad” precisamente aquello que Steward *et al.* se habían propuesto problematizar? El debate sobre si Puerto Rico era un país que podía tender puentes entre culturas –como señalaba el líder máximo del desarrollismo populista, Luis Muñoz Marín–, un mero puente ya integrado –como su economía y su institucionalidad política– a la dinámica nacional del *melting pot* norteamericano –como los nombramientos de Morales Carrión como subsecretario de Estado de los Estados Unidos o de Moscoso, para representar ese país en su “Alianza para el Progreso” implicaban–, un mero puente por su falta de definición cultural ante la ausencia de aquellos “mínimos” integradores –más explícitamente en aquella secuela de Steward *et al.* que representó la encomienda a Mintz del U.S.-P. R. Commission on the Status of P. R., Mintz, 1966–, o un puente precisamente por su mezcolanza cultural –el *fussion of cultures* de Hansen–, continuaría subrepticamente subyaciendo los

debates académicos del *laboratorio* sobre la identidad.

Intentando combinar las posiciones del puertorriqueño Muñoz y del norteamericano Hansen, el especialista en la planificación para el desarrollo de las áreas todavía subdesarrolladas Richard L. Meier, intentará argumentar una quinta posición: que Puerto Rico se constituía en un ejemplo para dichas áreas como país dinamizado por su vigor híbrido –y por la transformación permanente que sus procesos de hibridación conllevaban.

### **“La transformación ilusoria”**

El Centro de Investigaciones Sociales de la UPR fue la instancia institucional principal del *laboratorio* puertorriqueño en la consolidación del modelo de industrialización por invitación. Aunque falta mucho por historiar, no cabe duda de que la impugnación y amenaza a la hegemonía caribeña de Puerto Rico y su modelo modernizador que la alternativa antiimperialista de la Revolución cubana representaba, fue factor de importancia en la creación de una nueva instancia universitaria con unas miras caribeñas más explícitas, así como el desarrollo de un campo académico que vendría a conocerse como “Estudios del Caribe”. Precisamente, en noviembre de 1959 la Secretaría General de la OEA (Organización de Estados Americanos, de la cual se excluía a Cuba) y la UPR firman un acuerdo de cooperación “para el desarrollo de un programa de estudios superiores de Ciencias Sociales en la región del Caribe”. La *Revista de Ciencias Sociales* lo reproduce (OEA, 1960) como una especie de “introducción” a un número especial sobre el Caribe, que la *Revista* encomienda al recién constituido Instituto de Estudios del Caribe, para que sirva como “su presentación” ante la comunidad académica. Para dirigir el nuevo Instituto, la UPR “importa” al historiador norteamericano Richard M. Morse, escritor de artículos para la revista *Esquire* y descendiente de las más “distinguidas” familias del noreste de los Estados Unidos, cuya genealogía podía trazarse hasta los *founding fathers* de las trece colonias originales. Sin embargo, tomando prestado el manoseado concepto (de Althusser y Poulantzas) respecto a la “autonomía relativa” de campos como el académico–intelectual, podemos afirmar hoy que Morse le imprimió al Instituto desde sus comienzos un carácter nada apologético del –entonces impulsado por la política exterior de su país– “modelo puertorriqueño” y sus *Development Studies*.

Caracterizado al momento de su muerte muchos años después (2001) por el destacado intelectual brasileño Carlo Guilherme Mota como “un conservador de vanguardia” y un “americano intranquilo” (según citado por Hoetink, 2002: 11 y 15), Morse hamaqueó a la comunidad intelectual de un Puerto Rico en plena euforia celebratoria de sus logros modernizadores, tanto con sus escritos como por sus prácticas cotidianas de intercambio. Se había casado con una bailarina haitiana, negra, discípula de Martha Graham, quien se daría a conocer en la bohemia sanjuanera por sus presentaciones artísticas (de baile y canto) en lugares como *El Ocho Puertas*, con acompañamiento de un pianista procedente

de Curazao y un virtuoso tamborero de su país natal. En una época todavía marcada por discriminaciones de raza y género, tanto en Puerto Rico como en sus nombramientos académicos posteriores Morse exigió siempre posibilidades para la expresión artística de Emérante de Pradines (Krauze, 1995: 96), quien quedaría inmortalizada en las artes plásticas puertorriqueñas en el célebre óleo de Francisco Rodón conocido como *Negrta* con sombrilla, hoy parte de la colección del Museo de Ponce.

Morse fue el primero que discutió directamente las tesis de “Vigor híbrido en aculturación...” en un artículo de la *Revista de Ciencias Sociales* que como provocación al clima intelectual celebratorio tituló “La transformación ilusoria de Puerto Rico” (Morse, 1960). Sólo tres años antes, en el tercer número del primer año de la *Revista*, uno de los académicos norteamericanos invitados al Centro de Investigaciones Sociales, Thomas Cochran, adelantando algunos argumentos de su estudio sobre los empresarios puertorriqueños que habría de publicar como libro dos años después (Cochran, 1959), identificaba, como Meier, en los propios procesos económicos-base de la “transformación modernizante”, las dos “especies-madre” de la disyuntiva cultural puertorriqueña como “las características de orígenes españoles y los rasgos culturales norteamericanos” (Cochran, 1957). Morse explícitamente señala que no dedicará su artículo a las problemáticas conceptuales de la analogía biológica de la hibridez, sino a cuestionar a través de la historia la supuesta dicotomía de dichas “especies-madre”. Pasa a examinar cómo la historia puertorriqueña exhibe unos procederes culturales marcadamente distintos (en ocasiones, incluso opuestos) a “las características más señaladas de la vida española” (Morse, 1960: 361), su cultura urbana dominante, su ceremonial burocrático, su sentido penetrante de jerarquías, la prepotencia de la Iglesia y, añadiría yo, la estimación del sufrimiento como forjador de carácter de su religiosidad.<sup>8</sup> Con fina ironía respecto a la analogía biológica, Morse afirma que la cultura hispánica en la historia puertorriqueña no podía caracterizarse como “tronco” de su cultura “tradicional”: “era más una enredadera que un árbol, señala, contextura y no estructura” (Morse, 1960: 364). De ahí que resultase desvirtuante concebir el Puerto Rico colonial como “una esquina tropical de la vieja Castilla” (Morse, 1960: 366).

En lugar de visualizar a la sociedad puertorriqueña como resultado de entrecruces de procesos foráneos, Morse postula la importancia del estudio de su trayectoria; “cobran importancia entonces el tiempo, el lugar y la lógica *interna* de instituciones particulares y actitudes culturales” (*ibíd.*), lo que no invalida el hecho de que su trayectoria en considerable medida responda a la constante violencia sufrida desde las potencias marítimas mayores del mundo (*ibíd.*). Por otro lado, la segunda “especie-madre”, la cultura norteamericana, tampoco podría representarse como “unitaria”, según Morse, y habría que examinar con más cautela cuáles de sus elementos podrían haberse “hibridizado” en Puerto Rico. Por ejemplo, las inhibiciones emocionales, numerosos estudios llevados a cabo entonces sobre lo que hoy llamaríamos “relaciones de género” y que entonces se denominaban “patrones de noviazgo, fecundidad y familia” —muchas resumidas en

la *Revista de Ciencias Sociales* (e.g. Hill, Back y Stycos, 1957; Hill, 1958; Rosario, 1958)–, podrían nutrir más que un ethos de racionalidad, como presentaban los *Development Studies*, patrones esquizofrénicos sólo “canalizables” por un tipo de religiosidad, como encontraron varios estudiosos del espiritismo, cuyos primeros hallazgos Morse menciona, y que aparecieron publicados luego en la *Revista* (e.g. Rogler y Hollingshead, 1960; Koss, 1972).

Luego de adelantar numerosas hipótesis que estudios posteriores han invalidado o cuestionado –las investigaciones de Sociología histórica estaban entonces en pañales–, Morse concluye que la ejemplaridad puertorriqueña se encuentra en patrones relacionales absolutamente ajenos a la supuesta hibridación y a sus especies–madre:

Sus rasgos subyacentes de cordialidad, generosidad, buen humor y tolerancia –aunque no sean de los que hacen imperios o producen Shakespeares– son cualidades que necesitan enormemente sus contrapartidas en la comunidad mundial. (Morse 1960: 375).

No empee los agudos señalamientos de Morse, la primera década de la *Revista de Ciencias Sociales* estuvo poblada de artículos que retoman la división dicotómica entre lo norteamericano y lo hispano en el análisis de la modernización desarrollista del “modelo puertorriqueño”. La obsesión con el “encuentro, choque o hibridez” cultural habrá de subsistir en investigaciones sobre todo en torno a las relaciones de género, las relaciones “raciales” y los patrones de religiosidad, cuyo análisis me proponía al comenzar este trabajo, pero que, amenazando con rebasar la extensión prudente de un ensayo, he decidido postergar para trabajos futuros. Es significativo que al agrupar Morse en un libro dedicado a Emerante, diversos escritos sobre “Cultura e ideología en las Américas” treinta años después de su “Transformación ilusoria”, titulara la sección sobre Puerto Rico –que incorpora, de hecho, su ensayo discutido: *Puerto Rico: eternal crossroads* (Morse, 1989: 201-225). ¿No habría, después de todo, perpetuado los procesos de hibridación en su propia dinámica identitaria? ¿No continuaría residiendo su ejemplaridad para América Latina y el mundo periférico –ahora, por las migraciones, presente en los mismos centros metropolitanos–, en las lecciones de su indefinición, de su perenne apertura a la incorporación diversa –cordial, generosa, tolerante–, en su ininterrumpida sucesión de encrucijadas?

1. Además de numerosos estudios históricos específicos más profundos, el libro de Ianni (1975) tiene el valor de intentar un análisis comparativo amplio. Sobre el populismo en Puerto Rico y sus paralelos latinoamericanos véanse González Díaz 1999, Baldrich 1981 y Quintero 1980, entre otros.
2. Lo que no descarta la importancia de la participación desde sus inicios de cuadros técnicos norteamericanos –principalmente de orientación novotratista–, pero trabajando desde Puerto Rico en conjunción con el movimiento populista.
3. No hay que olvidar que ya en 1961 el presidente Kennedy había oficializado el término en un programa de asistencia “técnica” que se presentaba como una nueva relación entre los Estados Unidos y Latinoamérica: La alianza para el Progreso. Tampoco el hecho de que en 1962 nombrara a uno de los artífices principales del “Modelo puertorriqueño de industrialización por invitación”, Teodoro Moscoso, como el coordinador del Programa por los Estados Unidos, representatividad que levantó críticas de inmediato entre sectores en América Latina que se negaban a “perder” a Puerto Rico como país latinoamericano
4. Es interesante examinar la interpretación de lo que representó el Punto Cuarto para un país latinoamericano de la importancia de Brasil por quien alcanzaría a ser uno de los más prominentes sociólogos de la escuela latinoamericana de “Estudios de la Dependencia” (Ianni, 1979).
5. En 1958, por ejemplo, ya se había traducido en Brasil.
6. Escasamente un año después de su primera edición en inglés, el Fondo de Cultura Económica edita una versión en español que se difunde rápidamente por toda América Latina. Previo incluso a esta traducción, ya la *Revista de Ciencias Sociales* lo había reseñado (Hurwitz, 1961). Es importante notar que el libro no se centra en una crítica al desarrollismo socialista, sino en el intento de adelantar una alternativa, por eso se subtitula *A Non Communist* (no “*An Anti Communist*) *Manifesto*).
7. La referencia nos obliga a aclarar que mientras García Canclini analiza los procesos de hibridación como “estrategias para entrar y salir de la modernidad”, esa ambivalencia “estratégica” típicamente posmoderna no era contemplada en los años cincuenta, cuando si se entraba en vías modernizadoras ello era para jamás –¡por Dios!– salir, lo que constituiría un “retroceso”, una anomalía, a su vez, en la visión entonces –y desde el



siglo XVIII generalizada en "occidente"– del tiempo como unilinear, acumulativo, ascendente... que cristalizaba (para transferir la analogía biológica a la Mineralogía) en la idea del "progreso".

8. Resultan sumamente iluminadoras al respecto, las diferencias que (Curbelo, 2003) señala entre la iconografía religiosa española de esa época que enfatizaba el gesto doloroso o sobrio, y tallas de los santos por puertorriqueños, que nunca "ensalzan el martirio, ni dirigen la mirada al cielo en señal de obediencia pasiva" (p. 181) sino, frecuentemente sonrientes, expresan un "tono festivo, y ocasionalmente irreverente" (p. 162) con

## REFERENCIAS

- Álvarez Curbelo, Silvia y María Elena Rodríguez Castro, eds. (1993). *Del nacionalismo al populismo: Cultura y política en Puerto Rico*. San Juan: Huracán y UPR.
- Ayala, Francisco. (1947). *Tratado de sociología* (Tomos 1-3). Buenos Aires: Editorial Losada.
- \_\_\_\_\_. (1953). The Transformation of the Spanish Heritage. En M. Hansen y H. Wells (eds.), *Puerto Rico: A Study in Democratic Development*, pp. 104-109.
- \_\_\_\_\_. (1958). Antropología del vecino. *Revista de Ciencias Sociales*, II (2): 203-212.
- \_\_\_\_\_. (1963). Sobre sociología de la sociología. *Revista de Ciencias Sociales*, VII (3): 247-252.
- Baldrich, Juan José. (1981). *Class and State: the Origins of Populism in Puerto Rico*. Tesis PhD inédita, Yale U.
- Cochran, Thomas C. (1957). *Los comerciantes puertorriqueños y el cambio social*. *Revista de Ciencias Sociales*, I (3): 425-448.
- Cochran, Thomas C. (1959). *The Puerto Rican Businessman, A Study in Cultural Change*. Filadelfia: Univ. of Penn. Press. (En español, 1961, San Juan, Puerto Rico: CIS-UPR).
- Curbelo, Irene. (2003). *La expresividad en el otro: Cómo entender y gozar los santos de Puerto Rico*. S. l.: Diomedes Press.
- Emerson, Rupert. (1953). Puerto Rico and American Policy Towards Dependent Areas. En M. Hansen y H. Wells (eds.), *Puerto Rico: A Study in Democratic Development*, pp. 9-15.

- Galbraith, John Kenneth, Carolyn Shaw Solo. (1953). Puerto Rican Lessons in Economic Development. En M. Hansen y H. Wells (eds.), *Puerto Rico: A Study in Democratic Development*, pp. 55-59.
- García Canclini, Néstor. (1995). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D.F.: Grijalbo.
- Gilín, John. (1955). Ethos components in modern Latin American culture. *American Anthropologist*, 57 (3): [s. p.].
- \_\_\_\_\_. (1957). Reseña de *The People of Puerto Rico: A Study in Social Anthropology*, por Julian H. Steward et al. *Revista de Ciencias Sociales*, I (2): 345-347.
- González Díaz, Emilio. (1999). *El Partido Popular Democrático y el fin de siglo: ¿qué queda del populismo?* San Juan: CIS-UPR.
- González Ortiz, Beauregard. (1984). *La Administración Pública norteamericana: origen, crítica y crisis*. San Juan, Puerto Rico: Express Offset.
- Hancock, Ralph. (1960). *Puerto Rico: A Success Story*. Princeton, N. J., Van Nostrand.
- Hansen, Millard. (1953). Training and Research in Puerto Rico. En M. Hansen y H. Wells (eds.), *Puerto Rico: A Study in Democratic Development*, pp. 110-115.
- \_\_\_\_\_. y Henry Wells, eds. (1953). *Puerto Rico: A Study in Democratic Development, número especial de The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, CCLXXXV (Filadelfia).
- Hanson, Earl Parker. (1955). *Transformation, The Story of Modern Puerto Rico*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Hill, Reuben. (1958). El noviazgo en Puerto Rico: período de transición. *Revista de Ciencias Sociales*, II (1): 87-103.
- \_\_\_\_\_, Kurt W. Black, y J. Mayone Stycos. (1957). La estructura de la familia y la fertilidad en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales*, I (1): 37-66.
- Hoetink, Harry. (2002). En memoria de Richard M. Morse. *Caribbean Studies* 30 (1): 8-15.
- Hurwitz, Samuel J. (1961). Reseña de *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto*, por W.W. Rostow. *Revista de Ciencias Sociales*, V (3): 406.
- Ianni, Octavio. (1975). *La formación del estado populista en América Latina*. México: Era.
- \_\_\_\_\_. (1979). *Estado e planejamento econômico no Brasil (1930-1970)*. 3ra. ed. Río de Janeiro: Civilizacao Brasileira
- Koss, Joan D. (1972). El porqué de los cultos religiosos: el caso del espiritismo en Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales*, XVI (1): 61-72.

- Krauze, Enrique. (1995). Claves de Morse, *Luso-Brazilian Review* 32 (2): 93-97 (1ra. ed. Vuelta, 220 (marzo 1995): 20-22. México.)
- Meier, Richard L. (1952). *The Socio-economic Requirements for a Stable Industrial Society in Puerto Rico: A Study of the Dangers Threatening Progress in Industrialization*. San Juan: Puerto Rico Planning Board.
- \_\_\_\_\_. (1956). *Science and Economic Development: New Patterns of Living*. Cambridge: M.I.T. Press.
- \_\_\_\_\_. (1962). *A Communication Theory of Urban Growth*. Cambridge Mass.: M.I.T. Press.
- \_\_\_\_\_. (1965). *Developmental Planning*. New-York: Mc Graw-Hill.
- \_\_\_\_\_. (1974). *Planning for an Urban World*. Cambridge, Mass.: M.I.T. Press.
- Mintz, Sidney W. (1966). Puerto Rico: An Essay in the Definition of a National Culture. En U.S.-P. R. Commission on the Status of P. R., *Selected Background Studies*, pp. 339-434. Washington: US Gov. Printing Office.
- Morse, Richard. (1960). La transformación ilusoria de Puerto Rico. *Revista de Ciencias Sociales*, IV (2): 357-376.
- \_\_\_\_\_. (1989). *New World Soundings, Culture and Ideology in the Americas*, Baltimore: The John Hopkins University Press.
- Muñoz Amato, Pedro. (1954). *Introducción a la Administración Pública, Teoría general, planificación, presupuesto*. (Vols. 1-2) México: FCE.
- \_\_\_\_\_. (1957). Las bases políticas del servicio civil: algunos ejemplos de América Latina", *Revista de Ciencias Sociales*, I (1): 23-36.
- OEA. (1960). Acuerdo de cooperación entre la Secretaría General de la OEA y la Universidad de Puerto Rico para el desarrollo de un programa de estudios superiores de Ciencias sociales en la región del Caribe. *Revista de Ciencias Sociales*, IV (1): 9-13.
- Perloff, Harvey S. (1950). *Puerto Rico's Economic Future, A Study in Planned Development*. Chicago: The Univ. of Chicago Press.
- Pitt-Rivers, J. A. (1954). *The People of the Sierra*. Londres: Weidenfeld Nicolsen.
- Puerto Rico, Gov., Junta de Planificación. (1954). *Duodécimo Informe Anual*. San Juan: Div. Imprenta Dept. de Hacienda.
- Quintero Rivera, Ángel. (1980). Base social de la transformación ideológica del Partido Popular en la década del 40. En Gerardo Navas (ed.), *Cambio y desarrollo en Puerto Rico*, pp. 35-119. San Juan: UPR.